

◆ PREGUNTA:

«¿DEBEN ESTAR UNIDOS LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA?»

HUGO McCORD

◆ RESPUESTA:

En Juan 17 Jesús oró por la unidad de todos los que seguirían y obedecerían Su voluntad: «Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste» (vers.^{os} 20–21). Cuando Pablo escribió a los cristianos de Corinto, les escribió acerca de la unidad entre los hermanos.

SOMOS HERMANOS

Pablo usó varios términos para ayudar a los cristianos de Corinto a entender cómo debía ser la relación unos con otros. En relación con haber sido llamados afuera del pecado, para vivir una vida santa delante de Dios, se les designó como santos (1^{era} Corintios 1.2). En relación con ser miembros unos de otros, Pablo los describió como miembros de un cuerpo (1^{era} Corintios 12.12, 27). La descripción que se usó más que cualquiera otra, fue que ellos eran miembros de la misma familia, y por ende, hermanos. Se dirigió a ellos de este modo por lo menos veinte veces: (1.10–11, 26; 2.1; 3.1; 4.6; 7.24, 29; 10.1; 11.33; 12.1; 14.6, 20, 39; 15.1, 31, 50, 58; 16.15). También les mencionó que el Cristo resucitado se apareció «a más de quinientos hermanos a la vez» (1^{era} Corintios 15.6), y que «todos los hermanos» de Éfeso enviaron un saludo a sus hermanos corintios (1^{era} Corintios 16.20).

Los hermanos corintios no pertenecían a la misma familia física. Pablo se refirió a una familia literal cuando habló de «los hermanos del Señor» (1^{era} Corintios 9.5). Estaba pensando en Jacob, José, Judas y Simón (Marcos 6.3), que eran medios hermanos de Jesús en la familia de José y María. Pablo pensaba que la relación que existe en una familia física tenía algo significativo que sugerir en cuanto a la familia espiritual de Dios que estaba en Corinto.

Más grande que la idea de que la casa de uno es una familia (tal como la de José y María y los hijos de estos) es la idea de que los descendientes de uno son llamados la familia de un hombre. Todos los judíos consideran a un solo hombre, Abraham, el origen de su familia (Mateo 3.9). Cuando Ananías llamó a Saulo «hermano» (Hechos 9.17), él estaba usando este término familiar en el contexto de la nacionalidad. Saulo era hermano judío de Ananías, y después de su bautismo fue hermano en el Señor del discípulo.

SOMOS UNA FAMILIA ESPIRITUAL

Al Espíritu Santo le agradó referirse al conjunto de los cristianos como una familia espiritual, usando como base la ilustración de la familia natural de un hombre, y después la de una familia nacional. No existe la ilustración perfecta, pero esta analogía es significativa. En la familia espiritual, no hay madre que sea la esposa de Dios, pero hay Padre (1^{era} Juan 3.1), hay Hermano mayor (Romanos 8.29), y hay hermanos y hermanas (Hebreos 2.11).

Espiritualmente hablando, los pecadores son engendrados por Dios Padre (Santiago 1.18) por la Palabra de Dios (1^{era} Pedro 1.23), volviendo a nacer del agua y del Espíritu (Juan 3.5). Llegan a ser hermanos y hermanas del Hermano mayor (y este no se avergüenza de ellos; Hebreos 2.11).

ESTAMOS UNIDOS POR EL VÍNCULO DEL AMOR

Así como una familia física sana goza de amor fraternal, también Dios tiene como propósito que su familia espiritual practique y se goce en el amor de los hermanos. La palabra griega *filadelfia*, que significa «amor fraternal», era el nombre de una ciudad donde se ubicaba una de las siete iglesias de Asia (Apocalipsis 3.7), y es el nombre adoptado por una metrópolis estadounidense como «la

ciudad del amor fraternal». No es de sorprender que el Espíritu Santo escribió mucho acerca de *filadelfia*:

Amaos los unos a los otros con *amor fraternal* [*filadelfia*]; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros (Romanos 12.10; énfasis nuestro).

Pero acerca del *amor fraternal* [*filadelfia*] no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia... (1^{era} Tesalonicenses 4.9–11; énfasis nuestro).

Permanezca el *amor fraternal* [*filadelfia*] (Hebreos 13.1; énfasis nuestro).

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el *amor fraternal* [*filadelfia*] no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro (1^{era} Pedro 1.22; énfasis nuestro).

DEBEMOS PROCURAR LA UNIDAD

La unidad es agradable y buena

¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
Habitar los hermanos juntos en armonía!
Es como el buen óleo sobre la cabeza,
El cual desciende sobre la barba,
La barba de Aarón,
Y baja hasta el borde de sus vestiduras;
Como el rocío de Hermón,
Que desciende sobre los montes de Sion;
Porque allí envía Jehová bendición,
Y vida eterna (Salmos 133.1–3).

Hay cosas que son buenas para nosotros, pero no agradables: por ejemplo, el trabajo (vea Tito 3.14) y la disciplina (Proverbios 13.24; Hebreos 12.11). Hay algunas cosas que son agradables, pero no buenas: «los deleites temporales del pecado» (Hebreos 11.25), el dormir y el comer en exceso (Proverbios 6.10–11; 23.21). ¡Alguien dijo que todo lo que él gozaba era ilegal, inmoral o engordaba! Hay una cosa que es buena para nosotros, y a la vez agradable: hermanos que habitan juntos en unidad de corazón y de alma.

Para ayudarnos a ver lo agradable que es la unidad, el Espíritu Santo usó la ilustración del aceite perfumado mezclado con especias aromáticas, entre las que se incluía la mirra, la canela aromática y la casia (Éxodo 30.23–33). Esta mezcla había de ser «aceite de la santa unción; superior unguento, según el arte del perfumador». A ningún otro, excepto al sacerdote, se le permitía esa unción. La agradable esencia que dejaba a su paso todo sacerdote era comparable con el aroma de la

armonía fraternal.

Una segunda ilustración que usó David para elogiar la unidad fraternal fue esta: Cuando la nieve del monte Hermón (2.800 metros de altura) se evaporaba, la nube era llevada por el viento unos 200 kilómetros al sur, y se depositaba en forma de rocío sobre el monte de Sion (760 metros de altura). Los judíos de Jerusalén, al ver el rocío sobre los huertos y las flores, reaccionaban con bondad y agrado. Toda persona de mente equilibrada debe reaccionar del mismo modo cuando mira hermanos habitando y trabajando juntos como deberían.

La discordia es fea

En el asesinato que llevó a cabo Caín de su hermano, se observa cuán feo es que los hermanos no puedan habitar y trabajar juntos. También se observa en el momento en que Ismael, de veinte años, se burló de su hermano cuando este fue destetado (Génesis 4.8; 21.9). Asimismo, cuando Jacob le hizo trampa a su hermano gemelo, no es de extrañar que Esaú aborreciera a Jacob (Génesis 27.41) y que hiciera planes para matarlo. El que siembra discordia entre hermanos es abominación para el Señor (Proverbios 6.16–19). A pesar de estas advertencias y ejemplos, hay hermanos y hermanas que «[se muerden y se comen] unos a otros», y hay «falsos hermanos» (Gálatas 5.15; 2.4).

La separación puede ser pacífica

Aunque es importante habitar juntos, hay algo peor que habitar separados: el llevarse como el perro y el gato, el morderse y comerse el uno al otro, y que dos hermanos pierdan su alma. Un Abraham sabio, al ver lo que sucedería si insistía en mantenerse en compañerismo con la gente de Lot, propuso la separación amistosa. Él sabía que bajo ninguna circunstancia debía permitirse el altercado, «porque», decía Abraham, «somos hermanos» (Génesis 13.8). Una separación no era lo ideal, pero era menos malo que estar juntos, y Abraham hizo bien en salir de esa situación.

Cuando Pablo y Bernabé tuvieron «tal desacuerdo» entre ellos (Hechos 15.39), sin posibilidad de que coincidiera la mente de uno con la del otro, a pesar de ser dos nobles hermanos, una separación dio como resultado un bien mayor. Del mismo modo, hay congregaciones que, en lugar de pelearse entre sí, al separarse están en condiciones de promover la causa del Señor mucho más eficazmente.

Puede ser que la justicia exija la separación

En los ejemplos anteriores no fue el principio del bien y del mal lo que exigió la separación; pero hay casos en los cuales la unidad es un error. Fue desagradable para la iglesia de Corinto tener que expulsar a un miembro, sin embargo el precio a pagar por conservar tal persona dentro de la comunión era demasiado alto (1^{era} Corintios 5.13).

Pablo siempre deseó la unidad con los cristianos judíos de Jerusalén, en lo que atañía al tema de la circuncisión. Siempre trató de ser todas las cosas a todos los hombres (1^{era} Corintios 9.22). No obstante, cuando esto significó que se debía obligar a los gentiles cristianos a circuncidarse, Pablo consideró que el precio de esa unidad era demasiado alto. Pablo no accedió «ni por un momento» a someterse a los hermanos que exigían la circuncisión, «para que la verdad del evangelio permaneciese...» (Gálatas 2.5). Hoy día, cuando los hermanos exigen en nombre de la unidad que no haya clases bíblicas, ni hogares de niños patrocinados por la iglesia, ni cooperación entre iglesias, tales hermanos se han convertido en legisladores humanos. Los que creen que la iglesia debe estar firme en la libertad (vea Gálatas 5.1), aunque dé como resultado la división, no cederán las buenas obras que se hacen en las clases bíblicas, con los huérfanos y con las iglesias que trabajan unidas para un mayor bien.

De un modo parecido, en cuanto a la falsa doctrina, cada persona debe decidir por sí misma, cuándo deja de ser la paciencia una virtud. Desde el punto de vista bíblico, llega un momento en el cual debe ejecutarse el mandato del cielo que dice: «Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos» (Romanos 16.17).

Debemos evitar el encantamiento con un predicador

El mensaje de 1^{era} Corintios era claro en el sentido de que el pueblo de Dios en esa ciudad tenía serios problemas con algunos miembros que consideraban a cierto predicador como favorito de ellos. Se habían parcializado, diciendo: «Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo» (1^{era} Corintios 1.12).

Aunque dejarse encantar por un predicador es pecado, sigue siendo cierto que los predicadores son importantes. Como eslabón que pone en

contacto a los pecadores con el Salvador, ellos son parte del plan del cielo (Romanos 10.13–15). No obstante, los predicadores no constituyen un fin en sí mismos. En lo personal, no pueden impartir gracia. Pablo escribió:

¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (1^{era} Corintios 3.5–7).

A lo largo de los siglos, personas poco informadas, influenciadas por la fuerte personalidad de algunos predicadores, han puesto su mirada en líderes humanos más que en Cristo.

CONCLUSIÓN

Como cristianos que somos, no debemos concentrar nuestra lealtad en un predicador o dirigente a quien hayamos llegado a admirar, sino en Cristo. El estándar de unidad que se centra en Jesús se encuentra únicamente en el Nuevo Testamento, la doctrina de los apóstoles (Hechos 2.42). Allí distinguimos lo que es verdadero de lo que es espíritu de error en religión (1^{era} Juan 4.6). Solamente en el Nuevo Testamento es posible «la unidad de la fe» (Efesios 4.13). Debemos centrarnos en Cristo, «el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14.6). Para hacer esto de un modo práctico, debemos dar mayor importancia a «la palabra verdadera del evangelio» (Colosenses 1.5).

*«La unidad de los creyentes
debió de haber sido el
anhelo más grande y más
importante que había
en el corazón de Jesús,
porque de lo contrario no
la hubiera pedido en
oración la noche anterior
a Su muerte».*

Eddie Cloer